





Extranjería - Exilio y Duelo

María Ester Jozami

Los efectos discursivos en relación a otro humano, ponen en juego las cuestiones existenciales referentes a ¿quién soy?, ¿qué no soy?, y podríamos agregar ¿de donde vengo?, ¿adonde voy?

Ahora bien, el discurso, aquél que define al sujeto (desde el psicoanálisis) como siendo efecto, presupone un triple atravesamiento : lenguaje, ideología e inconsciente.

Retomamos entonces la solidaridad de aquello que nombramos como el sujeto y lo social, la inseparable función y efecto que estos términos conllevan.

Este juego discursivo no logra “explicar” ni “definir” todo, esto enfrenta al sujeto con ese más allá del discurso, con la imposibilidad de darle sentido y/o significación a todo su universo. La extrañeza, el sentimiento de ajenez y de vacío son sus probables consecuencias.

Pensemos en los conceptos de extranjero, exiliado, expatriado, este último remite a una persona que se encuentra viviendo en un país diferente al suyo de origen de manera temporal o definitiva por causas diversas.

La palabra expatriado, nos lleva a entender a un sujeto que sale de su propia patria o abandona su patria en forma voluntaria u obligado. Este vocablo se forma con el sufijo ex-, que significa ‘fuera de’, y la voz patria.

Es decir , “fuera de la patria”, “patria”, “pater”, “padre”, referencias que hacen posible construir un sentimiento/pensamiento que puede inscribir una suerte de pertenencia a una nación, a un grupo, etc.

Pese a todo, el expatriado suele enfrentarse a un conjunto de problemas similares a los que vive el inmigrante o un exiliado. Sentimientos conscientes o no, de desarraigo, de soledad. También dificultades para adaptarse y comunicarse, entre otras cosas.

Como exilio se denomina la separación de una persona de la tierra en que vive. La palabra, como tal, proviene del latín *exilium*, y significa ‘desterrado’.

Esto que deja al sujeto desamparado frente a los padecimientos e infortunios de su condición genera en él diferentes formas de respuesta. Podemos escuchar relatos de elecciones llevadas por una gran deseo, una fuerte vocación, una pasión. Se hace necesario quizás revisar el concepto de pasión.

Desde sus orígenes griegos y latinos encontramos que el término “pasión” se relaciona con derivados de “*pathos*,” que son la raíz de por ejemplo de: simpatía, apatía, patología. etc. Hablar de “pasión” entonces pone en juego: la emoción intensa ,el sufrimiento ,el estar afectado ,ser impresionable, sensible ,el ardor, que remiten a actividad y pasividad. Y con ellas a la compleja trama desde donde su trabajo constante dará cuenta de sus contradicciones .



Podríamos decir que la pasión entonces, somete a los sujetos y los posiciona como “padecientes”. De qué padecemos los sujetos, más allá de las singularidades, podríamos decir que “padecemos del malestar de vivir”, “padecemos de nuestra condición de finitud”.

Vivir es un trabajo diario con sus paradojas y contradicciones.

Somos sujetos sociales se hace necesario preguntarnos entonces a que se denomina como tales.

S. Bleichmar nos convoca a diferenciar entre producción de subjetividad y constitución del psiquismo.

La constitución del psiquismo entendido como el efecto de una constitución del aparato psíquico no se modifica con el correr de los siglos, no pasa lo mismo con la constitución de subjetividad.

De esta forma afirmamos que el sujeto es efecto de la estructura de la que a la vez es parte. El sujeto y lo social quedan así planteados con límites indiferenciados. De esta forma hablar de sujeto es siempre hablar de un sujeto social.

La producción de subjetividad entonces alude a los modos históricos, sociales, políticos con los que se producen sujetos sociales.

Hablar de producción de subjetividad es por ejemplo pensar en nuestros inmigrantes, recordemos que en nuestro país se han recibido inmigrantes europeos, asiáticos, etc.

Esto sucedió fundamentalmente en tres grandes períodos. En los años 1860 a 1930, solo para situar, había en nuestro país, un modelo de producción de subjetividad que tenía que ver con un modelo de sociedad. En ésta la escuela pública pretendía formar ciudadanos con ciertas homogeneidades, a tal punto que se legisló en pos de una educación laica y gratuita (Ley 1420).

Todo esto es parte de la producción de subjetividad. Es necesario entender que los inmigrantes venían con sus historias y desde una historia. Todos esto conformó un mundo de representaciones y significaciones que seguramente hicieron posible o no el hecho de articular una vida y hacer lazo social.

Teniendo en cuenta esto: ¿Cómo responder, desde donde?, ¿cómo resistir?. Las posibilidades de respuestas estuvieron dadas como grupo y por supuesto en cada caso en forma singular.

El significante que atraviesa todas estas historias es “construcción”, “creación”, G. Giorgetti toma el tema de la arquitectura y el exilio y plantea con claridad :” El exilio de los pueblos sea cual fuere la razón del mismo, siempre arrastra consigo su estética propia en la producción de una arquitectura que lo liga con sus raíces, ligazón que aplica en el sentido etimológico de la palabra religión (re ligare) y que tiene ese carácter sagrado de conectar con lo que debió abandonarse, en donde la arquitectura y sus edificios muestran al pueblo como fue su tierra y como se adoraba a su dios”

Como vemos, estas cuestiones no pueden ser sin efectos en la construcción de subjetividad. Esto nos remite directamente a una nueva lógica: la de los montajes humanos.



Ahora bien, nos preguntamos : ¿Cómo se puede nacer en el exilio? ¿cómo devenir sujetos desenmarcados de su tierra de origen? ¿cómo no desorientarse?, no perder el oriente?, el origen?. Tal vez podamos plantear que para un sujeto, tejer su historia estará dada por aquello que hace posible sostener una estructura a cuyos elementos ya los nombramos como “el sujeto y lo social”.

Este eje está enmarcado en las posibilidades de sostener genealogía y filiación y estas nos remiten al fundamento de los montajes institucionales de la Razón, se trata de aquella que posibilita el sostenimiento de la Referencia, entendiéndola en la vastedad de su alcance, como una metáfora de la constitución de los sujetos, de aquellos que nombramos como efecto y soporte de lo social. Esto se encuentra en el fundamento mismo de la construcción humana y de la relación de pertenencia mutua del sujeto y la civilización.

Podemos pensar que el “otro” nos enfrenta con nuestra alteridad y perturba nuestro “orden antropológico”, y ésta perturbación puede llevar a los sujetos singulares y a una sociedad a responder a “ese” “eso” extraño, con violencia y con crueldad.

Podemos preguntarnos: ¿Qué identidad los representa?, ¿cuál es “verdaderamente” su origen?, (como plantea A. Maalouff)

“¿Que soy en lo más hondo de mí mismo?, están suponiendo que “en el fondo” de cada persona hay solo una pertenencia que importe, su “verdad profunda” de alguna manera su “esencia”, que está determinada para siempre desde su nacimiento y que no va a modificar nunca: como si lo demás, todo lo demás, su trayectoria de hombre libre, las convicciones que ha ido adquiriendo, sus preferencias, su sensibilidad personal, sus afinidades, su vida en suma, no contara para nada”.

Ahora bien, ¿Quién en Argentina (parafraseando al autor), un país que recibió en tres grandes períodos inmigraciones europeas y asiáticas, puede pensar en el lugar que ocupa en la sociedad sin remitirse a sus lazos con el pasado, a sus múltiples pertenencias sean españoles, italianos, árabes, o judíos?

Nos preguntamos ¿qué es la identidad?, palabra peligrosa en tanto se coagule como un lugar logrado y permanente.

El documento de identidad nos ubica en el mundo, frente a otros, como únicos, en tanto nos identificamos con un nombre, un lugar, día y año de nacimiento, una fotografía que da cuenta de nuestra imagen y la huella dactilar que certifica que no somos idénticos a otro, que somos únicos y singulares.

La llamada “identidad” está constituida por una multiplicidad de elementos que no se limitan a los de los registros oficiales. Podemos pensar que algunos de los múltiples elementos pueden ser: la pertenencia a una tradición religiosa, a una nación, a un grupo étnico, lingüístico, a una familia, a una profesión, a una institución, a un determinado ámbito social, etc. Esta enumeración de elementos podría continuar a pertenencias menores como puede ser una ciudad, una asociación, un club, una empresa, una parroquia y más. Y todas estas pertenencia, con diferente valor y fuerza serían elementos constitutivos de la subjetividad.

Aun más, aunque uno a más elementos fueran compartidos, su combinación, su mezcla sería singular e irremplazable. Sin excepción alguna poseemos una identidad compuesta. Es



exactamente esto lo que caracteriza la identidad de cada cual: compleja, única, irremplazable, imposible de confundirse con cualquier otra.

Podríamos decir que así como un argentino cristiano es diferente que un argentino protestante, no hay dos argentinos cristianos idénticos, ni dos franceses, ni dos libaneses ,etc.

La humanidad entera se compone solo de casos particulares, pues la vida crea diferencias, y si hay “reproducción” nunca es con resultados idénticos.

Es interesante pensar qué se juega en un par de preguntas básicas que realizan dos personas al presentarse: ¿Cómo te llamas?, ¿qué haces?, que necesariamente apunta a un más allá de la literalidad de las respuestas posibles, sin que se tenga conciencia de ello.

Concierne obviamente a un pregunta por un itinerario personal, interior, que hace posible que cada uno se sitúe, se presente, se refiera a su pertenencia (ideológica, de lengua ,de territorio, etc...); y esto nos remite a la estructura y a aquello que le ha sido transmitido.

Por tanto somos deudores de transmitir el legado que nos ha sido otorgado. Transmitir supone un juego inconsciente de dar y recibir. Por tanto, constituye ese tejido que cada uno fabrica a partir de lo vivido y olvidado.

Portamos un nombre, una historia singular que remite a la biografía personal, a la historia de un país, y somos sus depositarios y sus transmisores. La transmisión de un nombre “propio” opera como

efecto metafórico que desconoce fronteras geográficas de estados u otras.

Ahora bien, ¿A qué apela un inmigrante, este “pasante” que grafica hasta la caricatura, la condición humana en su necesidad de sostener un Padre, una Patria?

Ya sea el exilio forzado o elegido, la expulsión, el destierro o la emigración económica y/o política, sin desconocer sus muchas veces trágicas diferencias, nos enfrente con un universal: todo sujeto ha nacido en otra parte.

Es efecto de una mezcla que aparece como propia, en definitiva, un exiliado, ha nacido en otro lugar. Su nacimiento se jugó en otra escena, en otras historias, que lo produjeron con la marca ineludible de extranjero.

¿Qué sucede cuando la extranjería se pone en escena reafirmada por la situación singular de cada inmigrante, reconocido socialmente, institucionalmente, jurídicamente como tal?

La respuesta será singular, pero la habrá también como grupo que intentara “adaptarse”, “mezclarse”, hasta “desdibujarse”, mimetizándose con la sociedad del país al que llegó. Pero, esto será en vano.

Su historia, su condición, su misión de transmisión para sostenerse como sujeto lo llevará a traicionar el ideal de asimilación, que no es otro que el de desmentir la condición humana ineludible: la de ser extranjero.



Como analistas precisamos: todo sujeto ha nacido en otra parte, hablamos del carácter estructurante y estructural de esta afirmación.

Nacer como sujeto, desde el psicoanálisis implica nacer en el exilio por tanto un desarraigo estructural. Emigrar, expatriarse, exiliarse, desarraigarse, varios nombres de esta ruptura irrevocable en tanto entendamos al sujeto como efecto de ese triple atravesamiento que suponen al lenguaje, el inconsciente y la ideología.

Es la inscripción de una pérdida, de un objeto “como perdido,” en palabras de Freud lo que inaugura y posibilita un sujeto de deseo. Y es esta una condición irrevocable en tanto el sujeto se constituye desde allí. Algo entonces ha sido perdido para siempre.

Esto que la emigración como acto consciente y social grafican hasta la tragedia. Esto que enfrenta al sujeto con una pérdida estructural solo puede responderse desde el duelo posible, en el uno por uno, en forma singular. Como así también intentando agruparse alrededor de una escuela, de una iglesia de una sociedad de socorros mutuos, etc., instancias que permite perseguir pasos perdidos, aquellos que llevan a una historia de genealogía y filiación.

Decíamos en este trabajo que en toda decisión de emigrar hubo una pérdida, un desgarro que graficó hasta la tragedia el desgarro estructural y estructurante que refiere a la constitución de un sujeto como efecto del lenguaje, la ideología-historia y el inconsciente y lo convierte en un extranjero. Nacido como efecto de una pérdida la vida se construye desde un duelo posible.

Las formas singulares y como comunidad de procesar y/o trabajar sus duelos tal vez se ve plasmada con mayor insistencia en su participación en las instituciones que los agruparon.

Citando a Eduard Said podemos decir: “Mi condición de exiliado determina mi paso a la escritura. La tinta, como la sangre, escapa forzosamente a las heridas”. Edward Said nos ilustra poéticamente una de sus formas de tramitar sus pérdidas, una de sus formas de tramitar sus duelos.

María Ester Jozami
Psicoanalista. Dra en Psicología Social





Bibliografía

Freud S.:

Obras Completas. Amorrortu. Buenos Aires 1988

Tótem y Tabú

Más allá del Principio de Placer

El Malestar en la Cultura

Lacan J.:

Seminario XI: Los cuatro conceptos fundamentales

Bleichmar Silvia:

El desmantelamiento de la subjetividad.

Estallido del yo

La subjetividad en riesgo

La construcción del sujeto ético

Braunstein N.:

Psiquiatría, Psicología, Psicoanálisis. Siglo XXI,
México, 1974-

Jozami M.E.:

De exilios y destinos: el extranjero, un sujeto fuera
de lugar. Letra Viva, 2011, Buenos Aires

De violencias y destinos- Modalidades de
victimización. Letra Viva, Buenos Aires, 2012,

Legendre: La fábrica del hombre occidental. Edit.
Amorrortu, 2008, Buenos Aires.